

militar del Capitán del Presidio de San Antonio, Pérez de Almazán.

De El Saltillo partieron Leal y su guía hacia Quaticlán ciudad en la que había conocido a mucha gente, tras los dos meses que había permanecido con la caravana de colonos canarios, en el viaje de ida hacia San Antonio. También allí se detuvo varios días. En la mañana del 15 de diciembre salió hacia la Ciudad de México, a la que llegó a las doce de la mañana de dicho día.

Allí y ante la inminencia de la entrevista con el Virrey, el desánimo y las preocupaciones se apoderaron de su mente. Se encontraba abrumado ante la gran responsabilidad contraída con todos sus paisanos canarios. No se le apartaba de la mente la idea de la gran influencia que tuvo sobre todos los compañeros de la isla de Lanzarote, que eran mayoría en la expedición de colonos en San Antonio. A todos los que con sus ardorosas palabras había convencido después de haberse entrevistado en Santa Cruz de Tenerife con el Juez de Indias don Bartolomé de Casabuena.

Lo que en un principio les había prometido, poco menos que un viaje de placer por mar, para establecerse en una tierra de promisión, las circunstancias lo habían convertido en una aventura sin precedente, atravesando todo el Virreinato de Nueva España, desde Veracruz hasta el presidio de San Antonio, por un territorio montañoso en un principio, muriendo varios por la nieve, el frío y al no poder resistir la altura del pico Orizaba, en un territorio desértico y hostil al final del recorrido, poblado de indios salvajes, que los atacaron en varias ocasiones. Lo que más le había dolido es que no sólo le culpaban de ello, sino que le increpaban que